

Burgosrural

OPINIÓN



Miguel Ángel Petit Campo  
Gerente de Adeco Bureba

# LA MUJER, PROTAGONISTA INDISCUTIBLE DEL DESARROLLO RURAL

OPINIÓN

Estas alturas de la historia debería resultar innecesario hablar de la realidad social desde una perspectiva de género. Sin embargo, la persistencia de significativas formas de desigualdad obligan a seguir refiriéndose a la mitad de la población como una parte discriminada dentro de nuestra sociedad, y ello tan sólo en virtud de su condición femenina.

Y si no es difícil para cualquiera reconocer esas manifestaciones de la desigualdad existente en el modelo de vida urbano, la distancia que separa a hombres y mujeres en el medio rural se hace aún más acusada y, por contra, las posibilidades de promoción de la equidad, son mucho menores. Por desgracia, en muchos casos la mujer se manifiesta como una especie de apéndice doméstico de la parte "productora" de la población, que aún en ciertos ámbitos está mayoritariamente repre-

sentada por los hombres.

En la desigualdad entre hombres y mujeres hay al menos una doble vertiente: por un lado, existe una discriminación en términos económicos y de empleo; por otro, hay una discriminación no menos grave y posiblemente más difícil de erradicar, que se puede definir de un modo genérico como social, aunque ofrece distintas manifestaciones o facetas.

En cuanto a las barreras económicas y de acceso al empleo, las políticas de igualdad y de apoyo específico a las mujeres han ido dando algunos frutos positivos, aunque resultan todavía claramente insuficientes. Aún es necesario llevar a cabo un mayor esfuerzo en el respaldo a iniciativas económicas planteadas por la población femenina.

Y ello no sólo por el hecho de que los proyectos vengán impulsados por muje-

res; también porque en muchos casos éstas son especialmente dinámicas y encuentran interesantes vías de acceso al mercado basándose -al margen de otras más o menos tradicionales- en experiencias laborales no remuneradas: asistencia a personas mayores, cuidado de niños, turismo y otras que precisamente en nuestro mundo rural cuentan con un claro potencial.

Sin embargo, no todo pasa en términos de empleo por garantizar el acceso al mercado laboral en condiciones de igualdad. También hay que apostar decididamente por favorecer medidas de conciliación de la vida laboral y familiar, así como por crear servicios asistenciales (principalmente guarderías y centros de día para mayores) que sirvan de apoyo a las mujeres para que éstas puedan al menos plantearse la búsqueda de un empleo.



SI NO ES DIFÍCIL PARA CUALQUIERA RECONOCER ESAS MANIFESTACIONES DE LA DESIGUALDAD EXISTENTE EN EL MODELO DE VIDA URBANO, LA DISTANCIA QUE SEPARA A HOMBRES Y MUJERES EN EL MEDIO RURAL SE HACE AÚN MÁS ACUSADA



corresponde únicamente a los hombres - muchos de los cuales se encuentran cómodamente instalados en sus posiciones de privilegio-, sino también a las propias mujeres, víctimas de la discriminación, pero también en ocasiones cómplices más o menos conscientes de una realidad que sólo se mantendrá vigente en la medida en que ellas no se decidan a forzar de una vez por todas la ruptura del status actual.

Sea como fuere, lo cierto es que nuestros pueblos necesitan a las mujeres si quieren tener auténticas opciones de desarrollo a todos los niveles e incluso si aspiran a la simple supervivencia demográfica.

En caso contrario, la masculinización que ya se aprecia claramente en el medio rural contribuirá a acelerar la despoblación de los núcleos más pequeños y aislados y empujará aún más a las mujeres en su proceso migratorio hacia la ciudad, en busca de las posibilidades de desarrollo personal, sociocultural, económico y laboral que se les siguen negando en su entorno rural.

Esto en cuanto al estrato más joven de nuestra población femenina. Sin embargo, la realidad es que en España, de los aproximadamente diez millones de personas que residen en el medio rural, casi la mitad son mujeres y a su vez la mitad de éstas superan los 65 años de edad.

Para este importante sector, es necesario que entre todos arbitremos las fórmulas necesarias para promover, al margen de la necesaria superación de los patrones tradicionales de género, nuevas actuaciones tendentes a garantizar la atención a las mujeres dependientes, así como a impulsar un envejecimiento saludable, activo, dinámico y participativo.

Evidentemente, para todo ello hace falta destinar recursos económicos, pero también la plena convicción de que por ese camino se avanza hacia la verdadera equidad y hacia la auténtica calidad de vida para las mujeres del medio rural.

Estas medidas de conciliación y de apoyo se hacen especialmente necesarias en un ámbito, el rural, en el que el reparto de las llamadas tareas domésticas sigue siendo en muchos casos una utopía. Si nuestra sociedad en general aún está lejos de ofrecer un modelo social basado en la igualdad de roles, en el medio rural la distancia aumenta considerablemente.

Y aquí se encuentra la base de la desigualdad existente en términos sociales. La mujer, hoy por hoy, sigue teniendo una presencia minoritaria en los órganos relacionados con la toma de decisiones, tanto políticos -sólo una de cada ocho alcaldías en España está ocupada por una mujer y nuestra región no es, precisamente, el mejor referente posible-, como económicos, y su protagonismo se acaba limitando en demasiadas ocasiones al ámbito del hogar.

En este contexto, el cambio pasa por implicar de una manera efectiva a la mujer en el proceso de construcción de los futuros modelos de desarrollo rural, para que cualquier planteamiento que se pretenda desarrollar deje de una vez por todas de colocar en un segundo plano a la mitad de la población y de limitarse a dedicar un obligado capítulo a defender opciones políticamente correctas en sus planteamientos pero estériles en su aplicación.

En cualquier caso, la puesta en práctica de políticas efectivas de igualdad de género pasa, ineludiblemente, por un cambio radical en el sistema de valores todavía mayoritario. Dicho de otro modo, las políticas de igualdad hay que bajarlas a la cotidianeidad y convertirlas en normas de conducta naturales y no en meras imposiciones.

Y este giro hacia otra realidad social no